



REMÓN, Alonso: *Laberinto político manual*, edición de Emilio Blanco, Madrid, José J. de Olañeta, 2018. 152 págs. ISBN: 978-84-9716-552-5.

Ernesto Lucero Sánchez
Universidad de Jaén

La edición del *Laberinto político manual* para la colección *Centellas* de la editorial José J. de Olañeta llega a nuestras manos en un acertado diseño en doceavo que confiere al libro ese carácter de epítome o breviario que tuvo en su origen. El texto viene precedido de un estudio preliminar que se divide en dos grandes apartados: el primero consiste en una introducción a su contexto general de producción, donde se espigan algunos acontecimientos de la biografía del autor, convenientemente interpretados para comprender mejor el escrito; en segundo lugar, se incluye un pequeño excursus erudito acerca del significado simbólico y político de la imagen del laberinto, que consta en el título del opúsculo de Remón. Todo ello seguido de una muy sucinta pero interesante bibliografía, antes de adentrarse en la edición, propiamente dicha, acompañada de una anotación sencilla con fines divulgativos.

El libro se publicó en Madrid, en casa de Diego Flamenco, en 1626. No se trata de una de las obras mayores de Alonso Remón, pero su edición era una tarea necesaria, por varios motivos. El primero y, quizá, el más urgente, porque solo nos ha llegado un ejemplar, conservado en la Biblioteca universitaria de Salamanca con la signatura BG 14.471. Las dificultades de acceso han supuesto que, como señala Emilio Blanco, el editor que nos presenta ahora este texto barroco, «a veces ni los propios estudiosos de la obra del mercedario han podido leerla». Se puede celebrar que este escollo se ha salvado de manera definitiva. Por otra parte, se trata de una obra del máximo interés no sólo por su contenido en sentido estricto, sino porque se publica en una encrucijada de la ciencia política, en la que el fraile toma partido por la postura más conservadora, pese al aspecto aparentemente innovador de sus demostraciones y figuras.

El *Laberinto político manual* supone la segunda incursión del conqueense en el ámbito político. Antes había publicado *Gobierno humano sacado del divino*, extenso tratado donde planteaba la vieja tesis providencialista del poder, en la que se ratifica su buen amigo Lope de Vega cuando le escribe un prólogo: «Vanamente intentan los discursos sutiles de algunos entendimientos acertar en el gobierno humano sin el fundamento divino [...] Lea, pues, quien gobierna y quien obedece libro tan importante en tiempos que hombres impíos, impuros y detestables como el Bodino, el Maquiavelo y otros que han inquietado los ánimos piadosos y católicos con sus vanos gobiernos ateístas [...]».

Esa inquietud procede no tanto o no solo del cuestionamiento de la emanación del poder, pues autores habrá que procuren con mejor o peor resultado y con mayor o menor coherencia una síntesis ecléctica, sino su mismo ejercicio. El tema central es la razón de Estado. La doctrina de Maquiavelo y los suyos se basa en el análisis de la circunstancia, muy lejos de principios inmutables. Los ejemplos y las sentencias en que solía trasladarse la práctica política, fundadas en una realidad estática sostenida en último término por Dios, y siempre autorizadas o reprobadas por autoridades tanto clásicas como eclesiásticas, decaen desde 1550 y dejan paso al nuevo paradigma de lo voluble, que cristaliza en un también novedoso género: el aforismo. Remón rechaza de plano esta postura y ofrecerá en el *Gobierno humano sacado del divino* una fundamentación bíblica de la política, dentro de una estructura clásica tripartita (gobierno, rey, reino) a la que añade dos apartados más dedicados a la guerra. Por todo ello, este voluminoso trabajo tiene «un gusto medievalizante en estructura y un sabor claramente renacentista en su andadura» (p. 50).

Emilio Blanco señala que el *Laberinto político manual* pudiera ser una respuesta a las críticas recibidas por la ranciedumbre de aquella primera aproximación. El *Gobierno humano sacado del divino* era un libro anacrónico, que conjugaba la forma tratadística con glosas marginales y una estructuración inspirada en la escolástica. Ahora se apuesta por las demostraciones, figuras y observaciones que organizan el libro, en un claro rechazo de la lógica discursiva anterior. El resultado es una suerte de juguete simbólico sobre tres variables del Estado (gente, hacienda y armas), cuyo gobierno, conservación y desarrollo conjuga con algunas propiedades (equidad, ocupación) en un artefacto de ruedas móviles sobre una estructura fija, en lo que parece una claudicación ante los nuevos caminos de la teoría política, sostenida sobre figuras diagramáticas, símbolos y emblemas, comenzando por el que inaugura aquí el texto: una mano sostiene un compás, con el mote «*Prudentia metitur*». Pero más que una renuncia, se trata de una concesión en los cauces de transmisión de las ideas políticas, que, no obstante, permanecen inmutables: el *Laberinto político manual* contiene las mismas premisas que el mercedario ya había expresado año y medio antes, y que enuncia en la cabecera del libro como «principios católicos que se suponen», es decir, previos a las demostraciones y figuras del libro y, desde luego, incuestionables.

Dentro del pensamiento de Remón también encontraba asilo la brevedad del libro. En sus *Entretenimientos y juegos honestos, y recreaciones cristianas, para que en todo género de estados se recreen los sentidos sin que se estrague el alma* (1623) propone que los muy ocupados gobernantes lean libros cortos y sintéticos o compendios de diversas

materias y que empleen como recreación y método de conocimiento los juegos cifrados, como este laberinto.

Del laberinto trata, precisamente, el segundo apartado de la introducción, titulado «Laberintos, retruécanos, emblemas... ¿preciosa nadería o algo más?» El excursus realiza un recorrido por los laberintos más famosos de la Antigüedad y analiza la evolución de su sentido en la historia, que llega al cénit de su complejidad en el Barroco. En particular, Blanco se detiene en las implicaciones políticas de la metáfora a finales del siglo XVI y principios del XVII. Para él, Comenius da la clave en un libro algo posterior al de Remón, su *Laberinto del mundo y paraíso del corazón* (1631). La reformulación barroca del tema del laberinto pasa por repudiar los significados antiguos, que ya no valen nada porque el de Creta «era una broma comparada con el laberinto del mundo, sobre todo el de ahora». A la altura de 1620, la imagen del laberinto se ha especializado para designar la confusión y la dificultad. En concreto, así sucedió dentro del ámbito de la teoría política con desarrollo simbólico, empezando por los conocidos emblemas del minotauro en su laberinto del secretario Antonio Pérez, publicados inmediatamente antes que el *Laberinto político manual*. Parece que se trata de algo que se respira en el ambiente. Poco después verán la luz los *Emblemata* de Paulo Maccio o de Boxhorn o los *Emblemata política* de Reifenberger. Nuestro autor se anticipa por poco a estas propuestas europeas.

En definitiva, Alonso Remón innova en las formas pero sustenta la misma tendencia providencialista de su *Gobierno humano*. Se vale de la pintura para simplificar ideas complejas y favorecer la memoria, y lo cifra todo en un juego laberíntico que «primero suspende, pero luego entretiene», según explica: suspende mientras las ruedas giran, y entretiene cuando sus engranajes circulares encajan en la posición correcta, resolviendo el enigma. Mientras tanto, Remón deja «el campo abierto al que, ajustando la [rueda] movable a la fija, quisiere discurrir y premeditar más» en otras combinaciones del juego (p. 152). Por supuesto, de acuerdo con la concepción organicista del mundo, se puede descender del gobierno del Estado al gobierno de la familia para aplicar los mismos principios de actuación.